



El fraude

En diversas oportunidades hemos insistido en la necesidad de cambiar las reglas de juego para que puedan haber elecciones limpias en este país. Es decir, en apartar simple y llanamente a Fujimori de cualquier actuación electoral porque su sola presencia es sinónimo de fraude. La ausencia de Fujimori puede dar paso al cambio de las leyes y las autoridades electorales, ya que nadie, en su sano juicio, puede creer que haya verdad electoral con el sistema descuartizado en el JNE, ONPE y RENIEC, y los actuales jefes a cargo de cada organismo.

Nos terminamos absolutamente de convencer de todo esto luego del sainete en que la ONPE y el JNE convirtieron al referéndum, conducta que fuera ratificada por la mayoría oficialista en el Congreso el 26 de agosto pasado. Pero lo que ha mostrado el alcalde Andrade la semana que termina es que la cosa continuó en las elecciones municipales de octubre, que han servido de algo así como un ensayo general para el fraude del año 2000. Incluso Transparencia, aquel moderadísimo órgano de control privado de las elecciones, dice que la característica principal del proceso fue la desconfianza de la ciudadanía en el sistema electoral.

Al fujimorismo no lo adorna, luego del 5 de abril, ninguna victoria electoral. Todas sus victorias están cuestionadas por evidencias que no tienen Poder Judicial adonde presentarse. En estas condiciones, ¿tiene algún sentido creer que se puede acudir con esperanzas de ganar a algunas elecciones en las que se presente Fujimori? Absolutamente ninguno. Si Fujimori se presenta, se presenta para que la maquinaria de fraude que ya han usado en varios procesos electorales lo vuelva a reelegir.

Tiene una gran dosis de ingenuidad, entonces, creer que con algunos afeites o recomendaciones al actual sistema, que mantenga a Fujimori y

compañía al mando, se van a lograr mejoras sustantivas. O, como lo ha sugerido algún analista, que la responsabilidad reposa en los partidos —se supone— de oposición, que si éstos multiplican sus esfuerzos se puede evitar el fraude. Falso. ¿Qué son los partidos frente a la inmensa maquinaria estatal que usa el fujimorismo para perpetrar el fraude? Casi nada, algo así como una gota de agua en el desierto.

Al fujimorismo hay que derrotarlo antes, porque no se trata de un competidor regular, en la forma de partido, movimiento o independiente. El fujimorismo es un régimen político autoritario que supone el control de sus adversarios y cuya fuente de poder no es la voluntad popular expresada en elecciones, sino la fuerza de las armas y del dinero. Con el fujimorismo no hay competencia política. Más bien, hay que llevar al país a un régimen democrático donde esta competencia política pueda ser cierta.

¿Cómo será esto posible? A través de sucesivas campañas de movilización política masiva. Luego del bloqueo al referéndum la autoridad gubernamental perdió toda la legitimidad de la cual pudo haber estado investida. Hoy la legitimidad para gobernar reposa en la ciudadanía y ella debe hacer uso de la misma haciendo oír su voz.

El fujimorismo está debilitado. Tiene dificultades para hacer la caja necesaria que le permita pagar el fraude, sus antiguos aliados le voltean la cara, y el arreglo con el Ecuador no le ha producido los réditos reeleccionistas que esperaba. Todas estas condiciones hacen posible que pueda darse una transición a la democracia.

Lo que falta es un liderazgo claro de oposición, con la fuerza para plantear las cosas tal como son. Esto significa tener el coraje de llamar al fraude, fraude, y ser consecuente con ello, insistiendo en la necesidad de cambiar las reglas de juego. Lo demás es perder el tiempo. ■